

mente científica pues, si se pretende hacerla, acabará perdiéndose algo esencial en cada una de las descripciones. Por eso el reduccionismo posee, en este caso, una connotación eliminativista (p. 175), que termina por identificar el todo con la parte.

No obstante, la teología no se debe contentar con criticar dichos modelos. Ha de recibir con mucho respeto el trabajo de la ciencia para saber, por ejemplo, qué se puede pedir a una persona y qué no, reconociendo el principio de un «mínimo realismo psicológico». No hay que olvidar que también la religión tiene necesidad de ser purificada por la razón para poder mostrar siempre su auténtico rostro humano. Y las neurociencias tienen mucho que decir, *indirectamente*, sobre las bases neuronales, la evolución de los comportamientos y los condicionamientos evolutivos y sociológicos de las personas (p. 176).

Finalmente, el autor apunta algunos problemas en los que se entrecruzan una teoría fundamental de la conciencia y una

teoría de la conciencia con una base fisiológica y neural. En este contexto, la ciencia puede ayudar a recuperar el concepto filosófico de naturaleza humana, a través de la cual actúa y se revela la gracia divina (p. 183). Por otra parte, el estudio de los dilemas morales mediante las técnicas de neuroimagen muestra que el razonamiento moral no procede sin una participación de las emociones. ¿Es entonces definitorio de los dilemas morales la presencia de un conflicto emocional? Renna valora el dato neurocientífico, pero señala acertadamente que, en la decisión moral, el sujeto se interroga por lo bueno y justo en cada caso y no simplemente por lo que ocurre en su conciencia cuando se halla ante el dilema. En definitiva, el «deber ser» del hombre contiene ya en la naturaleza sus presupuestos, pero reclama siempre su realización mediante un actuar auténticamente humano (p. 187).

Javier SÁNCHEZ CAÑIZARES

José GRANADOS, *Teología de la carne. El Cuerpo en la historia de su salvación*, Burgos: Montecarmelo («Didaskalos», 9), 2012, 242 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-8353-433-5.

En febrero de 2008, el prof. Granados impartió en la sede central del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia un curso titulado: «La carne se hace amor. Una teología del cuerpo», que poco después tendría la oportunidad desarrollar de nuevo en la Universidad Gregoriana de Roma.

El presente volumen tiene su origen en aquellos cursos, que dieron al autor la oportunidad de contrastar su pensamiento con sus alumnos y aplicarse a una progresiva profundización y aclaración de la materia tratada.

La cuestión de fondo que aborda viene abiertamente planteada por el autor en la Introducción. Frente a las dificultades a que la modernidad ha llevado la comprensión del cuerpo en la identidad del hombre, el prof. Granados se plantea: «¿Qué ocurre cuando tomamos el cuerpo como verdadero quicio de nuestra reflexión teológica, como el “lugar teológico” por excelencia, el sitio escogido por Dios para revelarse en plenitud al hombre? ¿Qué forma de entender el mundo, la persona humana y Dios resulta de esta perspectiva? ¿Y cómo puede esta visión orientar nuestros pasos en este momento cultural?».

La perspectiva desde la que se aborda el tema es ambiciosa. Es ya reflexión aceptada que tras la drástica separación entre cuerpo y espíritu, entre cuerpo e identidad personal, que opera la modernidad, el pensamiento contemporáneo –en particular en el área de la sociología– va actuando una progresiva recuperación del sentido y del valor del cuerpo en la comprensión del hombre y de la persona humana, viendo ahí una de las claves básicas para superar la crisis de sentido que vive el hombre, y la comprensión de las relaciones interpersonales.

Sin embargo, en opinión del autor, los intentos contemporáneos en este sentido han sido muy dispares dando lugar a interpretaciones muy divergentes. Pero aún dentro de estas discordancias, parece haber una convicción común: la importancia dada al cuerpo en la elaboración de la identidad del hombre.

Granados adopta en toda esta problemática un punto de partida claramente teológico. Recogiendo la antigua tradición cristiana desde Tertuliano, sostiene que «el cuerpo ha sido escogido por Dios para manifestar su misterio divino y ofrecer así salvación al hombre» (p. 23). Siendo el corazón del cristianismo la revelación de Dios como amor, sostiene que «el lenguaje del cuerpo sirve más bien para expresar la verdad y plenitud del amor en que el hombre fue creado al principio y en que encontrará plenitud al cumplirse los tiempos» (p. 24). Es decir, sólo con una acertada de lo que es y supone para el hombre el cuerpo, se podrá dar razón de lo que es para él amor y cuáles son sus expresiones genuinas.

El autor articula su reflexión en cuatro capítulos, con una perspectiva en cierto modo «cronológica»: se acerca al ser y el sentido del cuerpo humano desde su origen primero hasta su destino definitivo. Con esta metodología, titula el primer capítulo «El cuerpo y la imagen de Dios», comenzando, por tanto su reflexión por la formación del cuerpo por obra de las manos de Dios, a su

imagen y semejanza. A continuación avanza hacia un segundo momento en el que contempla la nueva realidad que alcanza el cuerpo humano cuando es asumido por el Verbo en la Virgen María. Es el segundo capítulo, que titula «*Verbum caro factum*: el cuerpo en la Encarnación y vida de Jesús», y en el que expone lo que según su parecer revela la Encarnación acerca y del cuerpo, y lo que nuestra experiencia corpórea nos muestra del misterio de la Encarnación. El tercer capítulo, titulado «*Peccat caro, mundat caro*: Caída y redención del cuerpo», se ocupa de un «lenguaje particular de la carne, el de la alienación y el sufrimiento» que envuelve el misterio de redención y vuelta a la vida. Por último, el cuarto capítulo, titulado «Cuerpo místico, cuerpo en el misterio: la Eucaristía, la Iglesia, el mundo», se asoma al futuro del cuerpo, tratando del nuevo cuerpo de la resurrección; un cuerpo que, presente en la Eucaristía, es capaz de construir el cuerpo de la Iglesia para transformar el mundo entero hacia su cumplimiento. A lo largo de todo el volumen, aspira a mostrar la llamada genuina a la transcendencia que la carne transparente, no sólo en la hora de la muerte, sino a lo largo del viaje entero de la vida.

La exposición de las diversas cuestiones es clara y ordenada, como no podía ser de otro modo dado el origen del texto en los cursos ya impartidos y compartidos con los estudiantes. El lenguaje utilizado puede resultar algo difícil para quien no esté familiarizado con las tendencias recientes de la teología inspirada en un pensamiento profundamente personalista. Pero incluso con ello, quizás precisamente por ello, resulta enormemente sugerente y siempre enriquecedor.

Se trata, en definitiva, de una obra interesante, muy inteligentemente planteada, y de enorme actualidad en el panorama de la reflexión antropológica y teológica contemporánea.

Enrique MOLINA